

ALGUNOS ASPECTOS DISTINTIVOS DE CALI A TRAVES DE SU HISTORIA

Por Víctor Manuel Patiño R.

1 - Cali y su destino geográfico manifestado.

Existen lugares signados por características geográficas que los hacen importantes, sean cuales hayan sido las viceversas de su devenir histórico. A lo largo del corredor geográfico constituido por el valle del río Cauca, en 1.350 km. de recorrido, ningún lugar ha mantenido tan perseverantemente como Cali su determinismo nuclear. Durante varios períodos, otras ciudades han tratado de suplantar a Cali como centro regional, sin haberlo conseguido.

Este hecho se relaciona con una característica geográfica y topográfica ineludible: Calí es el punto más cercano entre el río Cauca y la profunda escotadura que forma el continente en la costa del Pacífico, en lo que se llama la bahía de Buenaventura. También las condiciones del relieve son las más favorables para interconectar esos dos puntos. Haberlo comprendido así, es uno de los aciertos de Belalcázar. Ninguno de los centros urbanos fundados por ese cordobés: Quito, Popayán, Arma, Timaná fue establecido con mayor clarividencia, como Cali.

Los historiadores destacan la circunstancia de que en la sabana de Bogotá se encontraron en 1539 fuerzas españolas procedentes de Venezuela, de Santa Marta y del Perú, bajo Federmán, Jiménez de Quesada y Belalcázar, respectivamente, como hecho sin precedentes ni repeticiones. Nadie parece acordarse de que por la misma época se operaron encuentros similares, teniendo a Cali como punto focal. Tal fue la llegada de los tenientes de Belalcázar en 1536 y de este mismo en 1538, desde el Perú (Piura) y el Ecuador; la del licenciado Vadillo desde Cartagena por Urabá y Antioquia, en 1538, y la de Andagoya desde Panamá por Buenaventura en 1540. Con dos diferencias. Una, que los recorridos de Belalcázar y Vadillo fueron mayores que los de Quesada y Federmán; y dos, que cuando aquellos primeros tres conquistadores llegaron a la sabana, todavía no existía una ciudad formada, sino fuerzas acuarteladas provisionalmente, mientras que Cali, fundada en 1536, ya era ciudad —a la manera de las españolas en Indias de la época— cuando llegaron allí Vadillo y Andagoya. A mayor abundamiento, en 1541 aportó en Cali procedente del sur, Hernán Pérez de Quesada, después de su periplo por el piedemonte de la Cordillera Oriental desde Chita hasta Sibundoy, en su fracasada exploración al país de la Canela.

También fue Belalcázar el primero que conectó la cuenca del Cauca con la del Magdalena y con Bogotá, durante su jornada de 1538-1539, que lo llevó a encontrarse con Quesada y Federmán en la sabana, y el primero que recorrió el Magdalena aguas abajo en todo su curso.

Esto conviene destacarlo para delinear algunas características de determinismo geográfico. Cali y el Valle del Cauca en general fueron siempre culturalmente distintos de Bogotá. Por razones no sólo históricas, por haberse verificado la penetración europea al Valle del Cauca desde Quito, sino geográficas, por formar parte del mismo corredor interandino, Cali estuvo siempre más vinculada con Quito que con Bogotá. Toda la Gobernación de Popayán, o sea la mitad y más de la Nueva Granada hasta la planicie amazónica, formó parte de la Audiencia de Quito hasta un período muy avanzado, pues fuera del interregno 1550-1564 en que dependió de Bogotá a raíz de la creación de la Audiencia de Santa Fe, a partir del año últimamente mencionado, pasó a depender de la recién creada entonces Audiencia de Quito. Hubo siempre resquemores entre ambas Audiencias por asuntos de jurisdicción. Bogotá fue reticente para enviar ayuda cuando las guerras civiles del Perú, que tanto exigieron en recursos y en hombres a la cuenca del Cauca. Ha habido siempre

una reserva temperamental entre el extrovertido y optimista valluno y el rolo socarrón, desengañado y pachorrudo.

La localización geográfica de Cali como llave de comunicaciones con el Pacífico, la captó muy bien a principios del siglo XIX el geógrafo Codazzi (Pérez, 1862, 138-139).

2-Penuria documental sobre el Valle del Cauca en el segundo cuarto del siglo XVI.

El estudio sobre el Valle del Cauca, en el segundo cuarto del siglo XVI, se resiente de la escasez documental en dos aspectos fundamentales: a) las tribus indígenas; b) las acciones que precedieron y siguieron a la fundación de Cali y de Popayán.

a) Muy poco o nada dejaron los primeros españoles que vinieron del sur, sobre los indígenas del valle geográfico. Escasamente algunos nombres de tribus. Pocas palabras de algún idioma autóctono. Contadísimos topónimos. Pocos informes imprecisos sobre la vida de las tribus. Los datos conocidos son posteriores a la fundación de Cali, cuando se trataron de cohonestar las crueldades de la conquista, con el real o supuesto canibalismo de las tribus caucanas.

La misma obra de Cieza, llegado a Cali en diciembre de 1538 con Vadillo, aunque sólo empezó a escribir sus apuntes en el recién fundado Cartago en 1541, por más que sea relativamente explícita sobre los pueblos que moraban en la banda izquierda del Cauca y la Cordillera Occidental, trata muy superficialmente de lo que ocurría en la banda derecha u oriental. Tanto en este documento antropológico, excelente sin duda, pero tocado por un excesivo sentido religioso que de alguna manera deforma la realidad, como en el de Jorge Robledo o Suero de Nava —que está dudoso— sobre los indígenas de Anserma y Antioquia, se hace énfasis en el canibalismo de las tribus de la hoya caucana, justificando así de antemano su posterior aniquilamiento.

b) Es verdad que historiadores ecuatorianos y colombianos han arrojado alguna luz sobre las actuaciones de los protagonistas principales de la conquista; pero el mismo carácter apologético de las biografías que les dedicaron, hace desear que se consagre mayor esfuerzo a localizar nueva documentación que aclare el panorama y establezca una visión imparcial sobre los hechos en que participaron Belalcázar, Andagoya, Robledo y sus subordinados.

La biografía de Belalcázar por Jijón y Caamaño, debido al número limitado de ejemplares que se editaron, es obra de casi imposible consecución. Lo mismo se diga del acopio documental del ásimismo ecuatoriano Jorge Garcés G.

La biografía de Enrique Otero D'Costa sobre Andagoya, aunque bien escrita, carece de documentación adecuada. La obra de Trimbom sobre la actividad de evangelizador laico del mismo personaje, es inalcanzable para los investigadores colombianos.

Mucho más apologética que las anteriores es la biografía de Jorge Robledo por su tocayo Emilio, aunque tiene buen acopio documental.

Juan Friede ha publicado muchos documentos sueltos sobre la Gobernación de Popayán y cosas allí ocurridas, así como la biografía de Juan del Valle.

Pero quedan muchos puntos oscuros. La destrucción de los archivos del cabildo de Cali, correspondientes al periodo anterior a 1563, ha privado a los historiadores precisamente de los datos claves para entender mejor esa ciudad y su zona de influencia. El resultado es que la mayor parte de las obras dedicadas a esta sección de Colombia, tengan un marcado carácter tautológico, sin que intenten surcar el subsuelo donde yace la verdad histórica.

3- Características de la presente colectánea.

Por limitaciones de carácter editorial y de costo, esta entrega de la revista CESPEDESIA dedicada a Cali en sus 450 años, por fuerza tendrá que reducirse a la publicación de unos pocos documentos que presentan aspectos destacados de la vida de la ciudad y de la actuación de los personajes que con ella tuvieron vinculación, en el período comprendido entre 1536 (llegada de los primeros españoles y fundación de la ciudad) y 1551 (muerte de Belalcázar en Cartagena). Con la visión macroscópica de los conquistadores, se considera zona de influencia de Cali, todo el Valle del Cauca, incluyendo desde luego la costa del Pacífico. Por tal motivo esta colección empieza con los dos autores que mejor trataron el aspecto antropológico, Cieza de León y Robledo. La perspectiva belalcazariana de que el Cauca era sólo una etapa para la penetración a El Dorado, está mejor expresada que en ningún otro autor, en Oviedo y Valdés, quien también presenta con detalles las tentativas de conexión con el Pacífico. La versión de uno y quizá dos de los conquistadores que tomaron parte en la conquista (Florencio Serrano y Vicente de Tamayo), está plasmada en el relato de Juan de Castellanos. Las frustrantes actividades de Andagoya y su hijo en la costa contadas por el tesorero Cristóbal de Salinas, pese al carácter acusatorio del documento, contrabalancean la muy apologética y parcial relación del mismo Andagoya.

Los documentos que aquí se presentan no son inéditos, aunque sí de muy poca difusión. El historiador profesional desde luego ha debido tener acceso a ellos; pero no ocurre lo mismo con el ciudadano común y corriente, que tiene derecho a un mínimo de información histórica. El editor ha sido testigo de que investigadores universitarios y aun profesionales de la historia y la arqueología, no logran consultar ni siquiera tratados tan difundidos como los de Oviedo, Las Casas y otros (en buenas ediciones, se entiende) e inclusive varias de las tesis del Departamento de Historia de la Universidad del Valle se resienten de esta penuria de fuentes primarias distintas de las síntesis de Arboleda, Jaime Arroyo y otros.

Para beneficio del lector, se han redactado notas aclaratorias en los casos en que ello se ha creído necesario.

Entre las realizaciones planeadas con motivo de los 450 años de Cali, figura la consagrada por la ley 79 de 1981, de crear el Museo Histórico de la ciudad, que ha de funcionar en el Palacio Nacional. Ojalá que este centro se convierta en catalizador de los estudios históricos sobre el occidente de Colombia, coordinando —sin menoscabar la autonomía de esas entidades— las actividades del Archivo Histórico de la ciudad, la Academia de Historia del Valle y el Departamento de Historia de la Universidad, así como los fondos bibliográficos de congregaciones religiosas como las de los franciscanos y jesuitas.

Cali, 1985

